

El viaje de Raúl

NANDO
RODRÍGUEZ

En junio de 1975, dos meses después de cumplir veintidós años, y los seis últimos laborando juicioso en ascenso como técnico operario de la electrificadora regional, tomé la repentina decisión de renunciar a mi primer trabajo estable. Mis parientes me criticaron de inconsecuente y flojo por romper el seguro paradigma de perma-

necer esclavo en un trabajo por un tiempo indefinido hasta morir esperanzado en una pensión. En cambio, perseguí el *relanti* de vidas futuras que idealizaba en mi mente.

Fue en el mes de noviembre, cuando yo no encontraba otro trabajo bien remunerado que conocí a me econtré, tras dos años de no

verlo, a Raúl acompañado de Toño. En un respiro de la lucha contra el viento y mi hambre los vi y ellos me vieron. Se burlaron de mi pelea elemental. Luego, en la comilona de arroz con lisa que me invitaron, me confesaron que en realidad venían por mí para que me vinculara a un proyecto teatral en Cereté.

Ellos permanecieron en Barranquilla tres días sin apartarse de mi lado, compartiendo detalles del proyecto. Yo no los conocía mucho, pero me caían bien. Dos años antes había conocido a Toño, hijo del gerente de la sucursal eléctrica donde yo trabajaba, un día en que él buscaba un electricista para la obra teatral de un amigo, Raúl. Para *Las muñecas de Juana no tienen ojos*, requerían de una batería de reflectores. Raúl había sido contratado por el Club de las Damas Grises de la Cruz Roja en Montería, para que con ellas montara la obra. Las bellas damas grises estuvieron soberbias actuando por primera vez en la vida. La sociedad pudiente se entretuvo. Raúl recibió un buen billete por su trabajo, y de igual manera compensó el mío. Aunque Toño y Raúl me trataron muy bien desde que nos conocimos, mi condición de pobre obrero marginado me prejuiciaba de que era utilizado por estos niños “bien” con ínfulas de

Robin Hood. Pero bien pronto comprendí que no tenían esa pose falsa y politiquera.

Tras ese proyecto, seguimos trabajando en Cereté montar la obra *El cruce sobre el Niágara*, ahora sin Toño y el Coca Ramos que me ayudasen a subir en los hombros de Raúl, quien insistía en practicar transitando una invisible cuerda templada sobre la peligrosa catarata, llevándome a horcajadas. Mi sobrepeso le doblé la masa muscular fofo, sin tonificación de ejercicio, provocando que más de una vez casi me partiera el cuello al tratar de salvar la caída. En el descanso del mediodía, junto con el almuerzo que traía la muchacha ayudante de doña Lola Jattin, vino el doctor Joaquín Gómez Reynero trayendo golosinas que le gustaban mucho, y así él se mantenía chupando confite.

La anécdota que quiero contar comenzó un día que sin ningún preámbulo, Raúl me obsequió un libro de su biblioteca con las aventuras de Tom Sawyer y Huck Finn, cuya lectura posterior aclararía alguna de mis preguntas sobre la homogeneidad de la especie. Me alegró mucho conocer que Tom y Huck, en la orilla del Misisipi, jugaban a las mismas vainas que yo en el Sinú cuando niño. Tras el delicioso almuerzo preparado con ingredientes nativos y la sazón

siria de Lola Jattin, padre e hijo Gómez hablaron de vender parte de Mozambique para financiar la empresa artística de Raúl. Sin ponerse de acuerdo, el doctor Reynero proponía abrir una nueva calle partiendo en dos la casa finca, pasando por encima del rancho donde se discutía el asunto, y ofrecer en venta varios lotes. En cambio, Raúl sostenía que no era necesario vender toda el área, con vender un solo lote sobre la vieja calle era suficiente dinero para el proyecto. Guardaron silencio mientras chupábamos confite; justo en ese instante vi que entró un desconocido a Mozambique. ¡Hey, Raúl, viene alguien! Raúl miró y de inmediato se levantó con toda la carga de cariño, y abrazó al recién llegado quien fue presentado con aparatosa pompa: “Les presento a mi querido amigo, Miguel Durán Guzmán”. El doctor Reynero se marchó disculpándose por no participar de la parranda que enseguida armamos. Raúl y Miguel no se veían desde los años universitarios. Entre vino y marihuana, escuché sus anécdotas de correrías teatrales, haciendo de paso un análisis profundo del arte que yo apenas empezaba a conocer. Miguel contó su experiencia de cuatro años en Washington donde trabajó de agregado cultural en la embajada colombiana, y sin que él sacara pecho por ello

me percaté de su satisfacción al preferir, a su retorno a Colombia, visitar primero a Raúl en Cereté, antes de subir a su residencia en Bogotá. Además, Miguel le ofreció a Raúl sus ahorros obtenidos del trabajo en Estados Unidos.

Esa tarde buscamos en las casas ricas de Cereté una donde cambiar uno de los *travel checking* donados por Miguel. La inocente transacción económica tomó apariencia de escándalo, pues se especulaba que estábamos metidos en tráfico internacional. Raúl, en cambio, chisporroteaba disfrutando el equívoco mal fundado. Pasada la medianoche, la parranda se redujo a los tres, el resto se habían marchado jinchos de alcohol y marihuana. De improviso, Raúl se irguió de la hamaca y expresó que ya sabía el rumbo a seguir; entonces, con el bareto en una mano y en la otra una botella de vino, brindó por el éxito de su idea que consistía en aplazar por unos días el proyecto teatral mientras organizábamos una fiesta de bienvenida a Miguel. Discutimos el sitio de la fiesta, proponiendo Toño a Mozambique, pero Raúl escogió la casa finca del Coca Ramos en la vereda “El Totumo”, de difícil acceso por un camino terronoso en verano, pero con unos grandes árboles decenarios sin par. Miguel sonrió feliz siguiendo la corriente.

Con esta sinergia cuajamos la idea y el día tal, a las cuatro de la tarde, cada quien mostró los resultados de su responsabilidad con la fiesta “Homenaje al árbol”, como decía la tarjeta de invitación. La casa finca del Coca Ramos brillaba con sencillez de concurso, el piso de tierra barrido a conciencia, sin dejar una sola hormiguita, fue ocupado por una docena de taburetes prestados de los vecinos. Sentí el gran cariño con el que nos recibieron los generosos propietarios, escudados, defendidos y alimentados por inmensos árboles frutales de mango, mamey, caimito, guama, zapote, níspero, árbol del pan y otros tantos gigantes vivos. En un rincón del patio, el Coca dirigió la fritanga de un puerco cortado en pedacitos. Raúl, Toño y Miguel recibieron a los invitados. Yo atendía el bar y, según lo convenido, entregué lo que pidieran a quien mostrase la tarjeta de invitación. En la práctica, vi que no era imprescindible y cuando se inició el recital abandoné el puesto, vinculándome a la parranda. Ahí quedaron al alcance de todos la libra de marihuana, las doscientas cuarenta botellas de cerveza, los cincuenta paquetes de *Lucky* cinco letras, la salsa del picó, los cincuenta litros de vino, las treinta garrafas de aguardiente y el choncho frito. Los comentarios sobre

el festejo alarmaron a los moralistas que no fueron invitados, se decía que varias chicas lindas de Montería y Cereté bailaron en bola mientras Raúl leía poemas de Cavafis. Que sólo se veían parejas culiando abrazadas a los árboles. Un poco huyendo del barullo que le producía risa, pero quizás pensando en padre y madre, Raúl nos propuso que realizáramos un viaje remontando el río Sinú en canoa.

Aceptamos con gusto, alejándonos del escándalo. Con apenas lo puesto, los cuatro parecíamos estar bien así, ligeros de equipaje. En Montería abordamos un bus que subió ochenta kilómetros por una carretera desconchada, paralela al río hasta Tierralta, el último pueblo subiendo el Sinú. Allí compramos víveres y menaje suficiente para sobrevivir diez personas, dos meses, en la selva. Ocho horas de navegación, arriba de Tierralta y a media del cañón de Urra, nos detuvo un retén militar; enterados de nuestro propósito, nos advirtieron que más arriba sucedían combates entre el ejército y la guerrilla, que mejor acampáramos por ahí cerquita. El motorista de la canoa nos condujo a la parcela de Manuel, donde nos recibieron siete niños, cinco perros y dos adultos amables, sonrientes y agradecidos de atender a otro ser humano.

Durante varios días exploramos senderos y atajos de selva, guiados por nuestro amable anfitrión quien llevaba diez años civilizando la jungla que se resistía al machete. En el desayuno del sexto día, Raúl le pidió a Manuel que nos ayudara a cortar unos troncos de balsa para fabricar una embarcación; también nos ayudaron sus hijos y el burro de la familia, cortando y acarreado los troncos de balsa, los cuales dejamos al sol varios días. Diez días después aún tenían peso de savia, pero se dejaron labrar facilitando la manufactura de una soberbia balsa. La partida, una madrugada con poco ruido, fue sentida por Otilia, quien dejó escapar una lágrima, quizás conmovida de agradecimiento por la munificencia de Miguel y Raúl quienes le regalaron dinero y el resto de los víveres; ella nos compensó guisando dos gallinas que nos sirvieron de almuerzo y cena, envueltas en zarape de bijao. Manuel no dejó de advertirme que estuviera pendiente de la piedra El Toro, una peligrosa piedra de granito vivo como colmillo filoso que sobresale unos cinco metros del río. Yo iba advertido, como timonel, de que debía orillar a la margen derecha, poco profunda y fácil de surcar. Cuando vi la piedra de frente sentí temor de responder por la vida de cuatro personas en mi debut como timonel de balsa.

Sin cerrar los ojos me encomendé a quien yo sé, y pasamos atentos la peligrosa piedra, ayudado por Toño empujando con la palanca.

El encharcamiento de Tierralta nos obligó a usar impulso de remo y palanca, esta lentitud caló mal en el ánimo del combo y, al mediodía que atracamos para almorzar, acordamos descansar el resto del día y mejor navegar de noche aprovechando el ciclo de luna creciente. Toño y Miguel se entusiasmaron viéndome feliz, saltando de rama a rama, y decidieron subir el magnífico frutal. Tal como ocurre lo inesperado, de repente se partió la rama de Miguel quien cayó de espalda con alarmante estrépito sobre la tierra dura. Raúl brincó a socorrerlo, pero Miguel hizo un ademán con la mano que pedía esperar a que se le pasara el dolor. Al cabo de un largo rato de suspiros y ayes, levantó el tronco y pudimos ver la espalda lacerada de moretones. Raúl insistió en emprender viaje de inmediato y buscar un médico; Toño sugirió buscar una casa vecina: “Quizás encontremos alcohol o alguna crema refrescante”, concluyó, con la aprobación de Miguel quien se levantó rengueando, y nos dirigimos hacia un rancho visible a más de medio kilómetro. Los habitantes; nos recibieron amables y sonrientes revisaron de pies a cabe-

za nuestra indumentaria, sin poder descifrar si se admiraban o se burlaban. Tan pronto Toño les informó del percance de Miguel, a los gritos llamaron a la vieja Tina quien revolvía una olla en la cocina. Esta venerable señora, sin edad definida, en verdad parecía una bruja con su cara de piel enjuta cubierta por una finísima malla de mil arrugas, sus ojillos inquietos metidos en el fondo de las cuencas, y esa habilidad arcaica de fumar una calilla con la lumbre dentro de la boca desdentada. Sin dejar de fumar, pasando con la lengua el tabaco prendido de comisura a comisura, la vieja Tina, muy seria, examinó la espalda de Miguel, luego escupió severo saliva-zo gris al piso diciendo *ya vengo*. Al cabo de un rato reapareció trayendo en sus manos un cuenco de totumo lleno de estiércol fresco, le ordenó a Miguel que doblara el tronco sobre una mesa y embadurnó la espalda con una gruesa capa de mierda fresca de vaca. Luego la curandera le advirtió al paciente que permaneciera mínimo una hora en esa posición que bien soportó Miguel entre bromas y cigarrillos. Transcurrido el tiempo previsto, la espalda de Miguel lucía sana por arte de magia. Tina no quiso recibir un peso por la cura y, como Raúl le propuso, nos vendió una pava gorda que ella misma guisó.

Jartos y saludables, con nuevo brío, reiniciamos el descenso. Según calculó Tina, parecía medianoche cuando pasamos frente al malecón del mercado público en Montería. La noche de plenilunio trajo un especial aire envolvente que respiraba junto al humo de marihuana y, poco a poco, me arrastró a un estado de ensoñación, sin tiempo ni orillas, hasta que encallamos en Isla Blanca.

La luna llena pareció estampillada, con su borde en el fondo liso y oscuro del firmamento; sin otra estrella, sin otra luz a la vista iluminando la escena. En la superficie de la corriente del río con visajes de plata, replicaba su imagen ondulante acompañando a la balsa. Raúl, exultante, iba sentado en la proa recitando versos. Cuando terminó, Miguel propuso un *sketch* de Shakespeare que actuó con Raúl. Entre nuestros aplausos se tiraron muertos de risa sobre la balsa. Sentado en la popa seguía con el timón de la balsa y me pareció ver que se aproximaba una curva, puse un ojo allá y otro acá festejando con mis amigos, pero justo en la cerrada curva no pude gobernar el timón y la fuerza líquida botó la embarcación hacia una punta de playa donde encallamos. Me bajé con el agua a los tobillos, creyendo empujarla de nuevo al canal cuando

vi que Raúl desapareció. A poco volvió parado en el barranco, sugiriendo descansar hasta el amanecer. Nos acostamos bocarriba en la playa inhalando la luz de la luna. Raúl miraba el norte; Miguel, a mi izquierda, miraba el este, y Toño miraba el oeste, diseñando con nuestros cuerpos la rosa de los vientos. En esa posición esotérica predicamos una oración que, según me explicó Raúl, era un conjuro de sanidad espiritual. Subí al barranco buscando a Toño y Raúl quienes retornaban con sendas ollas en las manos, les ayude a traer las viandas calientes repletas de yuca, bollo dulce, ñame, plátano maduro, queso, suero, ajonjolí salado y café con leche. Luego de reposar la comilona y fumar el primer bareto del día, alzamos los víveres de la balsa y los llevamos a la casa campesina donde Raúl había negociado con Ana Rosa, la matrona, la comida de los tres días que pensábamos pasar en Isla Blanca.

El día señalado para seguir nuestro viaje, Ana Rosa nos trajo el desayuno; luego fumamos

esperando a Toño, reclinados bajo la sombra del barranco. La suave brisa movía una que otra hojita. Poco a poco calentó el sol delineando la sombra del barranco en la playa, pero por encima de dicha sombra fija se movieron otras sombras con voces groseras gritando “¡Quietos hijueputas!, ¡no se muevan!”. Todos nos quedamos quietos. Cómo me iba mover, aterrado viendo a los policías bajar a la playa, armados, apuntándonos con fusiles de guerra. Ninguno de los tres puso resistencia; sin embargo, a punta de empujones los policías, sordos a las protestas, nos obligaron a caminar hasta los vehículos estacionados dos puertas de golpe antes de la casa de Ana Rosa. Eran dos camperos japoneses ocupados por los doce policías sentados, y nosotros esposados y tirados en el piso. Con cipote, aparato propio de película mala, nos condujeron a la estación central de policía en Montería donde nos encerraron en una oficina sin muebles ni ventanas, con una puerta que



sólo abría desde el pasillo; dando oportunidad esa mañana de ser objeto de curiosidad para todos los oficinistas del edificio policial, quienes abrían la puerta, miraban, y luego se iban. Pasado mediodía entró un policía con voz de mando, seguido de una patota, ordenando que saliéramos. Como yo no entendí su hipocresía y me levanté del piso diciendo ingenuo “¡Sí, libres!”, el policía me zampó una patada que no pude esquivar; en silencio me sobé mientras Miguel, blanco de ira, le protestó al atarbán porque me dijo “negro hijueputa”. Enseguida nos trasladaron a la cárcel nacional Las Mercedes, en donde la sociedad guarda a los peligrosos, y nos abandonaron en un patio de tránsito que viene a ser el limbo carcelario, donde unos esperan la condena o la absolución.

Antes de oscurecer, Raúl logró sobornar a un guardia quien le permitió hacer una llamada telefónica que dio resultado. El día siguiente, a primera hora, nos dejaron libres gracias a la

gestión de un abogado, excondiscípulo y amigo de Raúl en la universidad. Cuando le preguntamos a nuestro libertador sobre los cargos que le tocó litigar en nuestra defensa, este buen hombre se cagó de la risa diciendo que todo el operativo, mal fundado por la policía, estuvo plagado de errores desde el instante que atendieron el anónimo que nos acusó de guerrilleros.

Como siempre lo hacía, Raúl evitó cualquier preocupación del asunto ya resuelto por el abogado. Sin embargo soltó su carcajada estrepitosa, preguntándose sin respuesta: ¿Quién carajo pudo ser el sapo? Miguel sonrió, pensando que no conocía a ningún sospechoso. A mí tampoco me interesó saber quién fue el sapo, reconociendo que esos dos últimos meses nuestra actividad contracultural en Cereté, un pueblo de costumbres alteradas por nosotros, pudo incomodar a quien o a quienes denunciaron la desfasada calumnia.

